

1

Zúrich

—¿Le puedo servir algo para beber mientras espera?

El botones era un hombre compacto que hablaba inglés sin apenas acento. La placa de latón de su nombre brillaba sobre su uniforme de paño de lana verde.

—No, gracias —contestó Ben Hartman, esbozando una leve sonrisa.

—¿Está seguro? ¿Quizá un poco de té? ¿Tal vez café? ¿Agua mineral? —El botones levantó los brillantes ojos hacia él con la ansiosa mirada propia de alguien a quien sólo le quedan unos pocos minutos para incrementar su propina de despedida—. Lamento muchísimo que su automóvil se haya retrasado.

—No se preocupe, estoy bien.

Ben permanecía de pie en el vestíbulo del hotel St. Gotthard, un lujoso establecimiento del siglo diecinueve especializado en atender a acaudalados hombres de negocios internacionales... «y reconozcamos que yo soy uno de ellos», pensó Ben con socarronería. Ahora que ya había pagado la cuenta del hotel, se preguntó con aire ausente si no vendría darle una propina al botones para que no le llevara las maletas, no siguiera todos sus movimientos unos cuantos pasos a su espalda como una novia bengalí, no le ofreciera incesantes disculpas por el hecho de que el vehículo que tenía que llevarle al aeropuerto todavía no hubiera llegado. Los hoteles de lujo de todo el mundo se enorgullecían de prestar semejantes atenciones, pero Ben, que viajaba con mucha frecuencia, inevitablemente las encontraba entrometidas y profundamente irritantes. Se había pasado mucho tiempo tratando de salir del capullo, ¿verdad? Pero, al final, el capullo —los rancios rituales de los privilegios— había ganado la partida. El botones ya lo tenía bien fichado: otro rico y mimado norteamericano.

Ben Hartman tenía treinta y seis años, pero aquel día se sentía mu-

cho más maduro. No era sólo el *jet lag*, a pesar de que había llegado de Nueva York la víspera y todavía experimentaba aquella extraña sensación de dislocación. Era algo relacionado con el hecho de volver a encontrarse en Suiza: en días más felices había pasado mucho tiempo allí, esquiando demasiado rápido, circulando demasiado rápido, sintiéndose como un espíritu salvaje entre sus impasibles ciudadanos tan respetuosos con las normas. Pensó que ojalá pudiera recuperar aquel espíritu, pero no podía. Llevaba sin visitar Suiza desde que su hermano Peter —su gemelo idéntico— había sido asesinado allí cuatro años atrás. Ben temía que el viaje le revolviara los recuerdos, pero nada de eso había ocurrido. Ahora comprendía el error que había cometido al regresar. Nada más llegar al aeropuerto de Kloten, se había sentido aturdido, dominado por la emoción, la cólera, el dolor y la soledad.

Pero se guardaría mucho de dejarlo traslucir. Había hecho un pequeño negocio la víspera y esta mañana tenía prevista una cordial reunión con el doctor Rolf Grendelmeier, del Union Bank of Switzerland. Huelga decir que había que mantener contentos a los clientes; una calurosa acogida formaba parte del trabajo. Si tenía que ser sincero consigo mismo, eso era el trabajo, y a veces Ben experimentaba un sobresalto al ver la facilidad con la cual se había introducido en el papel, el del único hijo superviviente del legendario Max Hartman, el presunto heredero de la fortuna de la familia y del cargo de presidente de la Hartman Capital Management, la empresa valorada en varios miles de millones de dólares fundada por su padre.

Ahora Ben poseía todos los atributos propios de las finanzas internacionales: el armario lleno de trajes Brioni y Kiton, la sonrisa fácil, el firme apretón de manos y, por encima de todo, la mirada: serena, tranquila, consciente. Era una mirada que transmitía responsabilidad, confianza y sagacidad y que, más a menudo de lo que parecía, ocultaba un mortal aburrimiento.

Sin embargo, no había viajado a Suiza para hacer negocios. Desde Kloten, un pequeño avión lo trasladaría a St. Moritz para pasar unas vacaciones esquiando en compañía de un anciano cliente extremadamente rico, la esposa de éste y su guapa —o eso se decía— nieta. La manera en que el cliente le apretó el brazo fue jovial pero persistente. Éste era uno de los inconvenientes de ser un apuesto y acaudalado jo-

ven «sin compromiso» en Manhattan; sus clientes siempre trataban de emparejarlo con sus hijas, sus nietas o sus primas. Resultaba difícil decir que no con educación. Pero de vez en cuando conocía a alguna mujer cuya compañía le encantaba. Nunca se sabía. En cualquier caso, Max quería que le diera nietos.

Max Hartman, el filántropo y el terror de sus allegados, el fundador de Hartman Capital Management. El inmigrante hecho a sí mismo que había llegado a Estados Unidos, un refugiado de la Alemania nazi con los proverbiales diez dólares en el bolsillo, había fundado una empresa de inversiones inmediatamente después de la guerra, y había trabajado sin descanso hasta convertirla en la firma valorada en miles de millones de dólares que era ahora. El viejo Max, que a sus ochenta y tantos años vivía en su solitario esplendor en la localidad de Bedford, en el estado de Nueva York, seguía al frente de la empresa y se encargaba de que nadie lo olvidara jamás.

No era fácil trabajar para el propio padre, pero lo era todavía menos cuando uno tenía muy poco interés por la banca de inversión, la «distribución del activo», la «administración del riesgo» y todas las demás palabras técnicas que le dejaban a uno el cerebro atontado.

O cuando uno no sentía el menor interés por el dinero. Lo cual era —se daba cuenta— un lujo del que disfrutaban principalmente aquellos que lo tenían en exceso. Como los Hartman, con sus fondos de inversiones, sus escuelas privadas y la inmensa finca del condado de Westchester. Por no hablar de las diez mil hectáreas de terreno cerca de Greenbier y todo lo demás.

Hasta que el avión de Peter se estrelló, Ben había podido dedicarse a lo que realmente le gustaba: la enseñanza, especialmente la enseñanza a niños que casi todo el mundo había dado por irrecuperables. Había sido profesor de quinto curso en una escuela de una zona de Brooklyn conocida como East New York. Muchos niños eran problemáticos; había bandas, por supuesto, y siniestros chavales de diez años tan bien armados como capos colombianos de la droga. Pero necesitaban a un profesor que se preocupara sinceramente por ellos. Ben se preocupaba y, de vez en cuando, servía para cambiarle la vida a alguien.

Pero, al morir Peter, Ben se había visto obligado a incorporarse

a los negocios de la familia. Les dijo a sus amigos que era una promesa que su madre le había arrancado en su lecho de muerte. Pero con cáncer o sin él, jamás le habría negado nada a su madre. Recordaba su rostro demacrado, la piel cenicienta a causa de otra tanda de quimioterapia, las manchas rojizas bajo los ojos. Era casi veinte años más joven que su padre y él jamás había imaginado que pudiera morir primero. «Trabaja porque viene la noche», le había dicho ella, esbozando una valerosa sonrisa. Casi todo lo demás se lo había dicho en silencio. Max había sobrevivido al campo de concentración de Dachau para acabar perdiendo un hijo, y ahora estaba a punto de perder a su mujer. ¿Cuánto podía soportar un hombre, por muy poderoso que fuera?

—¿A ti también te ha perdido? —le había preguntado ella en un susurro.

Por aquel entonces Ben vivía a unas cuantas manzanas de distancia de la escuela en un apartamento de la sexta planta de un decrepito edificio sin ascensor donde los pasillos apestaban a orina y el linóleo se desprendía de los suelos, formando volutas. Por principio, se negaba a aceptar dinero de sus padres.

—¿Oyes lo que te estoy pidiendo, Ben?

—Mis niños —contestó Ben, a pesar de que en su voz ya se percibía la derrota—. Me necesitan.

—Él te necesita —replicó ella suavemente, y así terminó la discusión.

Así que ahora se llevaba a los grandes clientes privados a almorzar, les hacía sentirse importantes, bien atendidos y halagados por el hecho de que los mimara el hijo del fundador. Con todo, sacaba algo de tiempo para trabajar como voluntario en un centro para «niños con problemas» al lado de los cuales sus alumnos de quinto curso parecían monaguillos. Y también arañaba tiempo para los viajes, el esquí, el parapente, el snowboard o el alpinismo, y para salir con toda una serie de mujeres, procurando por todos los medios no sentar la cabeza con ninguna de ellas.

El viejo Max tendría que esperar.

De repente, el vestíbulo del St. Gotthard, todo damasco rosa y pesado mobiliario vienés, se le antojó opresivo.

—Pues mire, creo que prefiero esperar fuera —le dijo Ben al botones.

El hombre del uniforme de paño verde esbozó una bobalicona sonrisa.

—Por supuesto, señor, lo que usted prefiera.

Ben salió parpadeando a la cegadora luz del mediodía y echó un vistazo al tráfico de peatones de la Bahnhofstrasse, la majestuosa avenida bordeada de tilos a la que se asomaban lujosos establecimientos y cafés y toda una serie de pequeñas mansiones de piedra caliza, sedes de diversas organizaciones financieras. El botones se situó presuroso a su espalda con su equipaje y permaneció a la espera hasta que Ben le soltó un billete de cincuenta francos y le hizo señas para que se retirara.

—Ah, muchísimas gracias, señor —exclamó el botones con fingida sorpresa.

Los porteros le avisarían cuando apareciera su vehículo en la calzada de adoquines situada a la izquierda del hotel, pero Ben no tenía ninguna prisa. La brisa del lago de Zúrich resultaba refrescante tras haber pasado tanto rato en aquellas sofocantes y excesivamente caldeadas habitaciones donde el aire siempre estaba impregnado del olor del café y de un aroma algo más débil pero inconfundible de humo de cigarro. Ben apoyó uno de sus esquíes Volant Ti Supers, todavía sin estrenar, en una de las columnas corintias del hotel, cerca de sus maletas, y contempló la bulliciosa atmósfera de la calle, el espectáculo de los viandantes anónimos. Un joven y odioso hombre de negocios relinchando contra un móvil. Una mujer obesa enfundada en una parka de color rojo empujando un cochecito infantil. Un grupo de turistas japoneses charlando animadamente. Un alto caballero de mediana edad vestido con traje de calle y con el canoso cabello recogido hacia atrás en una cola de caballo. Un repartidor con una caja de lirios y ataviado con el característico uniforme negro y anaranjado de la Blümchengallerie, la elegante cadena de floristerías. Y una llamativa rubia vestida con ropa muy cara que sujetaba una bolsa de compra de Festiner's y que miró como con aire ausente en la dirección aproximada de Ben y después lo volvió a mirar... rápidamente, pero con un destello de interés antes de apartar los ojos. «Si tuviéramos mundo suficien-

te y tiempo», pensó Ben. Su mirada volvió a perderse. El ruido del tráfico procedente de la Löwenstrasse, a unas cuantas decenas de metros de distancia, era constante pero llegaba amortiguado. En algún lugar cercano, un perro muy nervioso gimoteaba. Un hombre de mediana edad vestido con un blazer de un extraño tono morado, demasiado sofisticado para Zúrich. Y después vio a un hombre de aproximadamente su edad, caminando con paso decidido por delante de la Koss Konditorei. Le resultaba vagamente familiar...

Muy familiar.

En una reacción tardía, Ben miró con mucho más detenimiento. ¿Era —podía ser— su antiguo compañero de la universidad Jimmy Cavanaugh? Una inquisitiva sonrisa se dibujó en el rostro de Ben.

Jimmy Cavanaugh, a quien conocía desde su segundo curso en Princeton. Jimmy, el que vivía elegantemente fuera del campus, fumaba cigarrillos sin filtro capaces de asfixiar al común de los mortales y podía beber más que nadie, incluso más que Ben, que tenía cierta fama al respecto. Jimmy era de una pequeña localidad de la parte noroccidental del estado de Nueva York llamada Homer, y ello le proporcionaba una gran cantidad de anécdotas. Una noche, tras haberle enseñado a Ben a ingerir tragos de tequila con la ayuda de bebidas más ligeras, Jimmy lo dejó casi sin resuello con sus historias acerca de un deporte de su ciudad llamado el «derribo de las vacas». Jimmy era alto, taimado y mundano, tenía un inmenso repertorio de travesuras, un ingenio muy rápido y una labia increíble. Y, por encima de todo, parecía más vivo que casi todos los demás chicos que Ben conocía: los pre-profesionales de manos pegajosas intercambiándose consejos acerca de los exámenes de ingreso para la facultad de Derecho o las escuelas de estudios empresariales, los presuntuosos estudiantes de francés con sus cigarrillos aromatizados con especias y sus bufandas negras, los enfurruñados casos perdidos para quienes la rebelión consistía en un bote de tinte verde para el cabello. Jimmy parecía mantenerse al margen de todo aquello, y Ben, que envidiaba su sencilla soltura, se sentía complacido e incluso halagado por su amistad. Tal como suele ocurrir, ambos habían perdido el contacto después de la universidad; Jimmy se fue a hacer algo en la Escuela del Servicio Diplomático de Georgetown y Ben se quedó en Nueva York. Ninguno

de ellos echaba demasiado de menos la universidad, y después, el tiempo y la distancia hicieron el resto. Sin embargo, pensaba Ben, Jimmy Cavanaugh era probablemente una de las pocas personas con las cuales le apetecía charlar justo en aquel momento.

Jimmy Cavanaugh —estaba claro que era Jimmy— se encontraba ahora lo bastante cerca como para que Ben pudiera ver que vestía un costoso traje bajo una trinchera de color beige, y que fumaba un cigarrillo. Su complexión había cambiado: ahora tenía los hombros más anchos. Pero era Cavanaugh con toda seguridad.

—Dios mío —dijo Ben en voz alta mientras andaba Bahnhofstras-se abajo en dirección a Jimmy al acordarse de sus Volants, que no quería dejar sin vigilancia, tanto si había portero como si no. Recogió los esquís, se los echó al hombro y se acercó a Cavanaugh. El cabello pelirrojo estaba más descolorido y tenía entradas, el rostro antaño pecoso presentaba unas cuantas arrugas, vestía un traje de Armani de dos mil dólares, ¿y qué demonios estaba haciendo en Zúrich? De repente, los ojos de ambos se cruzaron.

Jimmy esbozó una ancha sonrisa y avanzó con paso decidido hacia Ben, alargando un brazo mientras mantenía la otra mano en el bolsillo de la trinchera.

—Hombre, Hartman —graznó Jimmy a unos cuantos metros de distancia—. Hola, tío, ¡cuánto me alegro de verte!

—¡Vaya, pero si eres tú! —exclamó Ben.

Justo en aquel momento Ben se sorprendió al ver un tubo metálico asomando de la trinchera de su viejo amigo, un silenciador, comprendió entonces, con la boca apuntándole directamente a la altura de la cintura.

Debía de ser una broma, el bueno de Jimmy se pasaba la vida haciendo cosas por el estilo. Sin embargo, mientras Ben levantaba las manos y esquivaba una bala imaginaria, vio cómo Jimmy Cavanaugh desplazaba ligeramente la mano derecha, efectuando los inequívocos movimientos del que aprieta un gatillo.

Lo que ocurrió a continuación duró una décima de segundo y, sin embargo, el tiempo pareció avanzar en cámara lenta hasta casi detenerse.

Tomando una brusca decisión, Ben se bajó los esquís del hombro derecho describiendo con ellos un arco cerrado, tratando de anular el efecto del arma y golpeando simultáneamente el cuello de su viejo amigo con todas sus fuerzas.

Un instante después —¿o fue tal vez en el mismo instante?—, oyó la detonación y experimentó una áspera rociada en la nuca en el momento en que una bala muy auténtica destrozaba la luna del escaparate de una tienda situada a pocos pasos de distancia.

«¡Eso no podía estar ocurriendo!»

Pillado por sorpresa, Jimmy perdió el equilibrio y lanzó un grito de dolor. Mientras tropezaba y caía al suelo, alargó una mano para agarrar los esquís. *Una mano*. La izquierda. Ben tuvo la sensación de haber tragado hielo. El instinto de adelantarse a los acontecimientos es muy fuerte cuando uno tropieza: uno alarga ambas manos y suelta la maleta, la pluma, el periódico. Había pocas cosas que uno no soltaba... pocas cosas que uno seguía agarrando al caer.

«El arma era auténtica.»

Ben oyó que los esquís matraqueaban ruidosamente sobre la acera, vio un hilillo de sangre en la parte lateral del rostro de Jimmy, vio a Jimmy tratando de recuperar el equilibrio. Entonces Ben se inclinó hacia delante y, en un veloz arranque, echó a correr calle abajo. El arma era auténtica. Y Jimmy la había disparado contra él.

El camino de Ben estaba obstaculizado por la muchedumbre de compradores y hombres de negocios que se dirigían presurosos a sus citas para almorzar y, mientras él se abría paso tortuosamente a través de la gente, chocó con varias personas que protestaron a gritos. Pero él siguió adelante corriendo como jamás había corrido, zigzagueando con la esperanza de que la trayectoria irregular lo convirtiera en un blanco esquivo.

«¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¡Aquello era una locura, una locura absoluta!»

Cometió el error de volverse a mirar hacia atrás mientras corría, con lo que aminoró el ritmo, con el rostro ardiendo ahora como una antorcha ante un antiguo amigo que, por alguna insondable razón, parecía dispuesto a matarlo. De pronto, a medio metro de distancia, la frente de una joven estalló en una bruma rojiza.

Ben emitió un horrorizado jadeo.

«¡Santo cielo!»

No, no era posible que aquello estuviera ocurriendo, aquello no era verdad, era una estrambótica pesadilla...

Cuando una bala penetró en la fachada de mármol del estrecho edificio de oficinas por delante del cual pasaba corriendo, vio una dispersión de pequeños fragmentos de piedra. Cavanaugh se había levantado y estaba corriendo, ahora apenas a quince metros por detrás de él, y, a pesar de que tenía que disparar a la carrera, su puntería seguía siendo desalentadoramente buena.

«Sigue intentando matarme, no, mejor dicho, me va a matar...»

Ben hizo una súbita finta a la derecha y después se desplazó bruscamente a la izquierda, pegando un brinco. Ahora corría con todas sus fuerzas. En el equipo de atletismo de Princeton él era corredor de ochocientos metros y ahora, quince años después, sabía que su única posibilidad de supervivencia consistía en encontrar en sí mismo una oleada de velocidad. Sus zapatillas no estaban hechas para correr, pero tendrían que hacerlo. Necesitaba un destino, un objetivo claro, un punto final: ésta era siempre la clave. «¡Piensa, coño!» Algo hizo clic en su cabeza: se encontraba a una manzana de distancia de la galería comercial subterránea más grande de Europa, un vulgar templo del consumo conocido como Shopville, situado debajo y al lado de la principal estación ferroviaria, la Hauptbahnhof. Visualizó mentalmente la entrada, las escaleras mecánicas de la Bahnhofplatz; resultaría más rápido entrar por allí y caminar por debajo de la plaza que abrirse camino corriendo entre la gente que solía abarrotar las calles en la superficie. Podía refugiarse bajo la galería. Sólo un loco se atrevería a perseguirlo por allí abajo. Ahora esprintó, manteniendo las rodillas levantadas mientras sus pies avanzaban a grandes, suaves y fantasmagóricas zancadas, volviendo a la disciplina de aquellas veloces carreras, consciente tan sólo de la brisa que le acariciaba la cara. ¿Había despistado a Cavanaugh? Ya no oía sus pisadas, pero no podía permitirse el lujo de hacer suposiciones. Con desesperada determinación, siguió corriendo.

La rubia de la bolsa de Festiner's cerró el minúsculo móvil y se lo guardó en el bolsillo de su vestido Chanel azul celeste con los pálidos y brillantes labios contraídos en un pequeño mohín de desagrado. Al principio, todo ocurrió... bueno, con precisión cronométrica. Tardó pocos segundos en llegar a la conclusión de que el hombre que se encontraba de pie delante del St. Gotthard era un probable ligue. Tenía treinta y tantos años, el rostro anguloso y una fuerte mandíbula, un rizado cabello castaño salpicado de hebras grises y los ojos verde avellana. «Un tipo de aspecto agradable, pensó, incluso guapo»; pero no tan característico como para que ella hubiera podido identificarlo claramente desde aquella distancia. Pero eso no tenía la menor importancia. El tirador que habían elegido podría hacer la identificación; ya se habían encargado ellos de que así fuera.

Ahora, sin embargo, las cosas parecían todo menos perfectamente controladas. El objetivo era un aficionado; no tenía muchas posibilidades de sobrevivir a un encuentro con un profesional. No obstante, los aficionados la ponían nerviosa. Cometían errores irregulares e imprevisibles; su misma ingenuidad desafiaba las previsiones racionales, tal como las acciones evasivas del sujeto habían demostrado. Su insensato y prolongado intento de fuga sólo serviría para aplazar lo inevitable. Y, sin embargo, todo llevaría su tiempo... lo único que no les sobraba. Sigma Uno no estaría contento. Consultó su pequeño reloj de pulsera incrustado de piedras preciosas, sacó el móvil y efectuó una nueva llamada.

Sin resuello y con los músculos pidiendo oxígeno a gritos, Ben Hartman se detuvo junto a las escaleras mecánicas que daban acceso a la galería, sabiendo que tenía que tomar una decisión en cuestión de una décima de segundo. «I. UNTERGESCHOSS SHOPVILLE», decía el letrero azul de la parte superior. Las escaleras mecánicas de bajada estaban llenas de compradores con bolsas y de simples visitantes; tendría que utilizar las escaleras mecánicas de subida, en las que había relativamente menos usuarios. Bajó violentamente, apartando a codazos a una joven pareja tomada de la mano que le bloqueaba el paso. Vio las

miradas de asombro que sus acciones habían provocado, unas miradas mezcla de desconcierto y burla.

Ahora echó a correr a toda velocidad a través del espacio central de la galería subterránea; mientras sus pies avanzaban sobre el negro suelo de caucho, llegó a experimentar una débil sensación de esperanza, pero entonces se dio cuenta del error que había cometido. A su alrededor se elevaron gritos y frenéticos alaridos. Cavanaugh lo había seguido hasta allí, hasta aquel espacio cerrado y restringido. En el espejo del escaparate de una joyería vio fugazmente el destello de un disparo, un estallido blanco amarillento. Inmediatamente, una bala traspasó los relucientes paneles de caoba de una librería especializada en viajes, dejando al descubierto la barata plancha de fibra que había debajo. Se produjo un tumulto generalizado. Un anciano vestido con un traje que le colgaba por todas partes se agarró la garganta a dos pasos de allí y cayó como un bolo, con la pechera de la camisa empapada de sangre.

Ben se ocultó detrás de la oficina de información, una ovalada estructura de vidrio y hormigón de aproximadamente un metro y medio de anchura en la cual figuraba una lista de tiendas en elegantes letras blancas sobre fondo negro, una guía del comprador en tres idiomas. Una sorda explosión de cristal le reveló que el recinto había sido alcanzado. Medio segundo después se oyó un áspero crujido y un trozo de hormigón se desprendió pesadamente de la estructura y aterrizó cerca de sus pies.

¡A pocos centímetros!

Un hombre alto y fornido, envuelto en un abrigo de pelo de camello y tocado con un airoso sombrero gris, se tambaleó a pocos pasos de él antes de desplomarse muerto. A Ben le resultaba imposible distinguir las pisadas de Cavanaugh, pero, calibrando su posición a partir del reflejo del destello de la boca del arma, comprendió que sólo le quedaba un minuto antes de ser alcanzado. Situado detrás de la isla de hormigón, permaneció erguido en todo su metro ochenta de estatura y miró desesperado a su alrededor, en busca de un nuevo refugio.

Entre tanto, la intensidad de los gritos seguía en aumento. Más allá, la galería estaba llena de gente que gritaba, lloraba históricamen-

te, se agachaba aterrorizada y trataba de protegerse la cabeza con los brazos cruzados.

A medio metro de distancia había una escalera mecánica identificada como «2. UNTERGESCHOSS». Si pudiera cubrir aquella distancia sin que le pegaran un tiro, podría alcanzar el nivel inferior. Puede que allí cambiara su suerte. «No podía ser peor, pensó, pero después cambió de idea al ver un charco de sangre cada vez más grande que brotaba del hombre del abrigo de pelo de camello, abatido a pocos metros de distancia.» ¡Maldita sea, tenía que pensar! No había manera de cubrir aquella distancia a tiempo. A no ser...

Alargó la mano hacia el brazo del muerto y lo acercó tirando de él. Quedaban unos segundos. Le arrancó el abrigo beige y agarró el sombrero gris, consciente de las siniestras miradas que le dirigían los compradores agazapados junto a la Western Union. No había tiempo para consideraciones. Se encogió de hombros mientras se ponía el amplio abrigo y se encasquetaba el sombrero en la cabeza. Para conservar la vida, tendría que resistir el impulso de subir corriendo como una liebre la escalera mecánica del segundo nivel: había practicado la caza lo suficiente como para saber que cualquier cosa que se moviera de manera excesivamente brusca era candidata a ser víctima de un pistolero demasiado ansioso por apretar el gatillo. En vez de eso, se levantó muy despacio, se encorvó y avanzó tambaleándose como un anciano que hubiera perdido mucha sangre. Ahora era visible y extremadamente vulnerable: la estratagema había durado justo lo suficiente para permitirle llegar a la escalera mecánica. Mientras Cavanaugh pensara que era un simple espectador herido, no gastaría otra bala con él.

El corazón le martilleaba en el pecho y todo su instinto le gritaba que arrancara a correr. «Todavía no.» Encorvado, con los hombros encogidos, avanzó vacilante dando los pasos más largos que podía dar sin despertar sospechas. Cinco segundos. Cuatro segundos. Tres segundos.

En la escalera mecánica, que ya se había vaciado de aterrorizados peatones, el hombre del ensangrentado abrigo de pelo de camello pareció inclinarse hacia adelante antes de que el movimiento de la escalera lo ocultara de la vista.

«¡Ahora!»

La inacción había sido un ejercicio agotador y cada nervio de su cuerpo se movía a sacudidas. Ben había evitado la caída con las manos. Con todo el sigilo que pudo, bajó corriendo los restantes escalones.

Oyó un rugido de frustración procedente de arriba. Cavanaugh debía de estar a su espalda. Cada segundo contaba.

Ben aumentó su velocidad, pero el segundo nivel subterráneo de la galería era un verdadero laberinto. No había ningún otro camino recto de salida por el otro lado de la Bahnhofplatz, sólo una sucesión de desvíos con las anchas aceras salpicadas de quioscos de madera y cristal donde se vendían móviles, cigarros, relojes y pósters: puestos interesantes para un comprador desganado, pero para él sólo una carrera de obstáculos. Sin embargo, reducían el campo de visión. Disminuían la posibilidad de que lo mataran desde lejos. Y por esta razón le permitían ganar tiempo. Tal vez tiempo suficiente para asegurarse lo único que tenía en la cabeza: un escudo.

Pasó corriendo por delante de una borrosa sucesión de tiendas: Foto Video Ganz, Restseller Buchhandlung, Presensende Sitckler, Microspot. Kinderboutique, con su escaparate lleno de animales de peluche y rodeado por un marco de madera pintado de verde y oro con un motivo de hiedra; y el cromo y el plástico de un *outlet* de Swisscom... todos ellos exhibiendo alegremente sus mercancías y servicios, todos ellos carentes absolutamente de valor para él. Después, justo a su derecha, al lado de una sucursal de un Credit Suisse/Volksbank, vio una tienda de maletas. Miró a través del escaparate, en el que se amontonaban hasta el techo unas maletas de cuero de costados blandos... que no le servían de nada. El artículo que le interesaba estaba dentro: una maleta de gran tamaño de reluciente acero. No cabía duda de que el brillante revestimiento de acero era tan funcional como decorativo, pero le iría bien. Le tendría que ir bien. Mientras entraba rápidamente en el establecimiento, agarraba el artículo y salía corriendo, Ben observó que el propietario, pálido y sudoroso, estaba hablando histéricamente en *Schweitzerdeutsch* por teléfono. Nadie se molestó en echar a correr en pos de Ben; la noticia de aquella locura ya se había divulgado.

Ben ya se había agenciado un escudo; pero había perdido también un tiempo precioso. Al salir de la tienda de maletas vio que su escapa-

rate se había transformado en una telaraña de curiosa belleza, tras lo cual se desintegró en fragmentos. Cavanaugh estaba cerca, tan cerca que Ben no se atrevía a mirar a su alrededor para intentar localizar su posición. En vez de eso, corrió hacia la muchedumbre de compradores que salía de Franscati, unos grandes almacenes situados a un extremo de la plaza cruciforme. Levantando en alto la maleta, Ben avanzó, tropezó con la pierna de alguien, recuperó el equilibrio con dificultad y así perdió unos segundos preciosos.

Una explosión a pocos centímetros de su cabeza: el sonido de una bala de plomo penetrando en la maleta de acero. Ésta vibró en sus manos en parte a causa del impacto de la bala y en parte debido a su reflejo muscular, y entonces vio un bulto en el recubrimiento de acero que tenía delante de sus ojos, como si éste hubiera sido golpeado por un martillo. La bala había traspasado la primera capa y casi había atravesado la segunda. Su escudo le había salvado la vida, pero por muy poco.

Todo a su alrededor se había vuelto borroso, pero él sabía que estaba entrando en el abarrotado Halle Landesmuseum. También sabía que la muerte todavía le pisaba los talones.

Montones de personas gritaban —apretujadas, encogidas, agitadas— mientras el horror, los disparos y la sangre se iban acercando.

Ben se introdujo entre la desquiciada muchedumbre y fue devorado por ella. Por un instante, pareció que el tiroteo había cesado. Arrojó la maleta al suelo: había cumplido su misión, pero ahora su lustroso metal lo convertiría en un blanco demasiado fácil de identificar entre la gente.

¿Había terminado aquello? ¿Se habría quedado Cavanaugh sin munición? ¿Estaría volviendo a llenar el cargador?

Zarandeado por todas partes, Ben echó un vistazo a la laberíntica galería en busca de una salida, un *Ausgang*, a través de la cual podría desaparecer sin ser visto. «A lo mejor lo he perdido», pensó. Pero no se atrevía a volver la vista hacia atrás. Ni hablar de regresar. Sólo seguir adelante.

En la acera que conducía a los almacenes Franscati, vio un rótulo falsamente rústico de madera oscura con unas letras doradas que decían: «KATZKELLER-BIERHALLE». Colgaba por encima de un recoveco

que constituía la entrada a un desierto restaurante. «GESCHLOSSEN», decía un letrero más pequeño. Cerrado.

Corrió hacia él, camuflando su movimiento en medio del nervioso gentío que apuraba el paso en aquella dirección. Cruzando la falsa arcada medieval bajo el rótulo, entró corriendo en un espacioso comedor vacío. Unas cadenas de hierro forjado colgadas del techo sostenían unas enormes lámparas de madera; unas alabardas y unos grabados de nobleza medieval adornaban las paredes. El estilo se prolongaba en las pesadas mesas redondas toscamente labradas de acuerdo con la idea que alguien debía de tener de un arsenal del siglo xv.

A la derecha del local había una larga barra, y Ben se agachó detrás de ella, jadeando ruidosamente por falta de resuello mientras trataba desesperadamente de permanecer en silencio. Tenía la ropa empapada de sudor. No podía creer que el corazón le latiera tan rápido, e hizo una mueca causada por el dolor que le oprimía el pecho.

Dio unas palmadas a la serie de armarios que tenía delante y éstos sonaron a hueco. Eran de yeso barnizado y no cabía esperar que detuvieran una bala. Agachado, dobló una esquina hasta llegar a un resguardado nicho de piedra donde pudo permanecer de pie y recuperar la respiración. Mientras se inclinaba hacia atrás para apoyarse en la columna, se golpeó la cabeza contra un farol de hierro forjado montado sobre la piedra. Soltó involuntariamente un gemido. Después examinó el aplique que le había herido en la parte posterior de la cabeza y vio que toda la pieza, un pesado brazo de hierro en el que estaba encajada la estructura ornamental que sostenía la bombilla, se podía levantar de su soporte.

La sacó con un herrumbroso chirrido. La agarró con firmeza y la sostuvo contra su pecho.

Después esperó, tratando de calmar los latidos de su corazón. Algo sabía de la espera. Recordaba bien aquellos días de Acción de Gracias en el Greenbrier; Max Hartman insistía en que sus hijos aprendieran a cazar, y Hank McGee, un anciano de White Sulfur Springs, había recibido el encargo de enseñarles. «¿Qué dificultad podía tener?», recordó haber pensado: era campeón de tiro al plato y tenía motivos para estar orgulloso de la coordinación entre su mano y su ojo. Así se lo dijo a McGee, cuyos ojos se ensombrecieron.

«¿Usted cree que la caza tiene que ver con el tiro? Tiene que ver con la espera», le había replicado, mirándole enfurecido.

McGee tenía razón, naturalmente: la espera era lo más difícil y aquello para lo que temperamentalmente él estaba menos preparado.

Cazando con Hank McGee, había esperado en vano a su presa.

Ahora la presa era él.

A no ser que... en cierto modo... pudiera modificar la situación.

Al cabo de un momento, Ben oyó acercarse unas pisadas. Jimmy Cavanaugh entró sigilosamente y con cuidado, mirando a uno y otro lado. El cuello de su camisa estaba sucio, desgarrado y manchado con la sangre de la herida del lado derecho de su cuello. Su gabardina también estaba manchada. Su arbolado rostro presentaba una mueca de determinación y sus ojos miraban con expresión salvaje.

¿De veras era su amigo? ¿En qué se había convertido Cavanaugh en la década y media transcurrida desde que él lo había visto por última vez? ¿Qué lo había convertido en un asesino?

«¿Por qué estaba ocurriendo todo aquello?»

En su mano derecha Cavanaugh sostenía su pistola negra y azul con el tubo de veintitrés centímetros del silenciador insertado en el cañón. Ben, echando mano de sus recuerdos de práctica de tiro al blanco de veinte años atrás, vio que era una Walther PPK, una calibre 32.

Ben contuvo la respiración, temiendo que sus jadeos lo delataran. Retrocedió en el recoveco, sujetando el aplique de hierro que acababa de arrancar de la pared y agachándose para que Cavanaugh no le viera al entrar. Con un súbito pero certero movimiento de su brazo, Ben arrojó el aplique del farol de hierro hacia delante y lo estrelló contra la cabeza de Cavanaugh con un sordo sonido.

Jimmy Cavanaugh lanzó un grito de dolor tan agudo como el de un animal. Después dobló las rodillas y apretó el gatillo.

Ben notó una oleada de calor a un centímetro de su oreja. Pero ahora, en lugar de echarse hacia atrás o arrancar a correr, se lanzó hacia delante arrojándose sobre el cuerpo de su enemigo, tumbándolo contra el suelo y estrellando su cráneo contra el pavimento de piedra. A pesar de encontrarse gravemente herido, el hombre era una verdadera fuente de energía. Unos rancios miasmas de sudor se escaparon

de él cuando se incorporó parcialmente y rodeó con su poderoso brazo el cuello de Ben, comprimiéndole la arteria carótida. Presa de la desesperación, Ben alargó la mano hacia la pistola, pero sólo consiguió agitar el largo silenciador arriba y abajo hacia Cavanaugh. Con una repentina y ensordecedora explosión, el arma se disparó. En los oídos de Ben sonó un prolongado chillido; le dolía el rostro a causa del golpe.

El brazo alrededor del cuello de Ben se aflojó. Éste retorció el cuerpo para librarse del estrangulamiento. Cavanaugh yacía en el suelo. Sobresaltado, Ben vio el agujero rojo oscuro justo encima de la ceja de su antiguo amigo, un terrible tercer ojo. Se sintió invadido por una mezcla de alivio y repugnancia y por la sensación de que ya nada volvería a ser igual.